

# La Conquista de América (I) ¡Viva la iniciativa privada!. La escuela de Chicago, hace 500 años.

Autor Belial  
Monday, 19 de February de 2007

Una de las más simpáticas consecuencias del envejecimiento es que afloja los mecanismos por los cuales los humanos mostramos cierta dosis de corrección, contención y autodisciplina. El presidente Jacques Chirac, al parecer, ya ha llegado a ese punto sin retorno donde mutas en vejete deslenguado y empiezas a soltar lo que verdaderamente piensas. Lo que de un jubilado de Moratalaz se diría que "ej que el abuelo chochea", en el caso de gerifaltes de renombre desata polémicas en la prensa y puede dar lugar a comprometidos incidentes diplomáticos. Y es que en sus desbarres, Chirac ha tenido algunos recuerdos para el país vecino del piso de abajo. Dice el venerable preboste que "el descubrimiento de América no fue un gran momento de la Historia", y a pesar de ello, insiste en que tiene "una visión general de la historia". Para rematar, atribuye el descubrimiento de América a los vikingos.

Pero obviamos si es posible esta tontería, suponemos que provocada por el excesivo consumo de Viagra, y dejemos tranquilos a los pobres vikingos, para centrarnos en otra frase no menos jugosa. Dice de la presencia española en América que "no tengo admiración por esas hordas que fueron a destruir". En esta frase, el abuelo Jacques, en pro del hermanamiento de los pueblos europeos, ha reavivado uno de los grandes éxitos del hit parade de la Leyenda Negra; el de la conquista de América. Y además, minusvalorando el principal producto exportador europeo a lo largo de su historia; las hordas destructoras.

Traducción (cortesía de Didius): "Los jóvenes que hacen política me son infinitamente simpáticos pero, sobre todo, cuando la hacen fuera de Francia" La figura del conquistador español y la empresa de conquista despiertan aún hoy las más vivas pasiones, tanto a favor como en contra, entre académicos y entre la gente de la calle. Para unos, se trata de una horda de criminales, que en las más extremistas de las interpretaciones poco menos que cometieron un genocidio peor que el Holocausto; para otros, son una especie de caballeros andantes, héroes temerosos de Dios que llevaron la civilización a los salvajes americanos. Mezclémoslo con nacionalismos e indigenismos de todo tipo, y obtendremos un cóctel explosivo. En el fondo, todas estas histerias y posturas maximalistas, no son más que el agrandado reflejo de la ambigüedad de estos personajes. Y esta ambigüedad, tan típicamente humana, es la que hace más atractivo y polémico este episodio histórico, que tuvo lugar en condiciones extremas. Aprovecharemos la oportunidad que nos brinda Chirac para ver quiénes eran en realidad estas hordas, los porqués de tanto jaleo a cuenta de ellas y de paso derribaremos algunos mitos, que siempre hace gracia y es entretenido. A diferencia de los vikingos de Chirac, cuyo apoteósico descubrimiento de América sólo conocieron algunos de ellos, y que encima abandonaron poco tiempo después, tras los viajes colombinos nadie dudaba que la Corona española había llegado a Las Indias para quedarse. Porque los españoles las llamábamos las Indias, con un par, aunque el resto del mundo lo conociese por América. Continúa así el ciclo de la expansión europea por el mundo, iniciado por los pobres portugueses, esos olvidados de la Historia. Muy pronto, la magnitud de las tierras descubiertas fue tan enorme que desbordaba las posibilidades de la Corona para tomar posesión efectiva de ellas (la nominal no se cuestionaba, una vez sancionada por el Papa). Así que Isabel y Fernando, tras pagar la factura de los viajes del Almirante y quedarse como la mayoría de las familias españolas actuales cuando deciden comprar un piso, optaron por una solución que haría mojar las sábanas a cualquier liberal neocon moderno que se precie; la privatización masiva de la empresa de Conquista. En pocas palabras, que la pague otro. En plena fiebre privatizadora, la Corona iba ofreciendo a particulares lo que se conocía por Capitulaciones. En ellas se le encomendaba al Adelantado, que es como se llamaba al adjudicatario, la tarea que debía realizar; de exploración, conquista o rescate (así se llamaba al comercio) y contenía las instrucciones necesarias que debía cumplir. Se le indicaban las zonas y las acciones a realizar, las prebendas y ganancias a las que tenía derecho y se le otorgaban los poderes oportunos para desempeñar la misión. La Corona cedía al Adelantado la parte del botín que encontrase, excepto el quinto real que se reservaba, y vagas concesiones sobre tierras o indios, que más adelante veremos en qué quedaban. Ni que decir tiene que todo el proceso de obtención de Capitulaciones estaba teñido del habitual amiguismo, pues el interesado debía venir propuesto por la Casa de Contratación, y de enconadas luchas a brazo partido por los privilegios que comportaba, como la que sostuvo Colón por mantener su monopolio de las Capitulaciones, que le quitara el cardenal Fonseca. Ya con la carta bajo el brazo, nuestro subcontratado tenía que hacerse cargo de organizar la empresa. Obviamente, para poder conseguir todo lo necesario, en primer lugar debía buscarse socios que le aportaran el capital y material imprescindible para armar los barcos, comprar las vituallas, y todos los gastos que conlleva la logística. Que no era barata, por cierto; una carabela diseñada para travesías oceánicas era una de las piezas tecnológicas más avanzadas de la época. Además, tenía que ocuparse de reclutar a los expedicionarios, los cuales se traían su propio equipo a cambio de su correspondiente participación en el futuro beneficio, por lo que se convertían también en parte de la sociedad. A veces estas sociedades adquirían formas muy complejas, puesto que el Adelantado podía simplemente encargar la expedición a otro, con lo que el capitán que la dirigía se convertía en la subcontrata de la subcontrata, como fue el caso de Hernán Cortés. Así que normalmente, cuando ya estaba todo listo para partir, el Adelantado se encontraba endeudado hasta las cejas, habiendo comprometido todo su dinero, y con el pago de la expedición pendiente de lo que encontrase. Los socios a su vez, habían prestado el dinero con la esperanza de recuperarlo con beneficios si la empresa tenía éxito. Verdadero capital riesgo, pero de mucho, mucho riesgo. Por otro lado, no hay que ser una lumbrera para darse cuenta de que Isabel y Fernando hicieron el negocio del siglo. La Corona, en poco más de 50 años, controlaba unos territorios más grandes que toda la Europa de la época. Y todo ello con la participación de no más de 7.000 hombres. Le salió además terriblemente barata, puesto que a cambio, sólo concedían el posible botín, que no poseían, y del cual recibían el 20% sin hacer absolutamente nada. En la siguiente entrega explicaremos quiénes eran

estos tipos y cómo es posible que pudieran lograr semejante hazaña, atrevámonos a decirlo, sin paralelo en la historia del mundo.